

forma la divina Eucaristía, al conocimiento y aprensión que tengo de un Dios realmente presente, no sólo delante sino aun dentro de mí, no puede menos de corresponder un género de amor encendidísimo y de goce proporcionado, que no parece poder hallarse en otra parte debajo del sol. ¿Dónde gustar más regaladas delicias que al pie del altar? ¿Dónde podré amar á mi Dios con más ardor y dulzura que en la comunión? Verdaderamente es aquí donde me cumple decir con el Profeta: *Mi alma anhela, se pierde y desfallece*¹. ¡Ah! si no desfallecemos en santos deliquios de amor, si todavía permanecemos tibios en contacto del Dios sacramentado, es, hermanos míos, sin duda alguna porque nuestros ojos, como los de los discípulos de Emmaús, están como cerrados y oprimidos por una extraña fuerza que no nos deja conocerle². Estamos ciegos. Nuestra fe, aunque firme en la profesión, está como nublada en la práctica, como un espejo empañado por el polvo de muchos años. Avivemos nuestra fe por el recogimiento. La fe, bien lo sabéis, aunque oscura esencialmente, puede llegar á ser tan viva que produzca no sólo la certeza, sino hasta la impresión sensible de la presencia de Dios. David lo experimentaba así, supuesto que decía: *Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo*³. Millares de almas santas han experimentado lo mismo en el uso de la sagrada Eucaristía. ¡Qué fuente de delicias no hallaron en ella las Teresas, las Magdalenas de Pazzis, los Ignacios, los Franciscos de Borja, los Luises Gonzagas!

13. Concluyamos. La Eucaristía, ó Buena Gracia, es el don más precioso que pudo hacer Dios al hombre

¹ Concupiscit et deficit (ubi supra).

² Luc. 24, 16. ³ Ps. 83, 3.

viador, porque es no sólo el camino que le conduce al cielo, *al seno de Dios*, término y corona del orden sobrenatural, sino que es este mismo orden abreviado, el trasunto más feliz de aquel mundo de lo divino, de aquella bienaventuranza superior á todo derecho y á toda aptitud de naturaleza criada, que consiste en ver á Dios en sí mismo y poseerlo eternamente. ¡Bendigamos al dador de tanto Bien! ¡Bendigamos fervorosos al Dios de la Eucaristía, que es el mismo que forma las delicias de los bienaventurados! *En la noche de esta vida ya podemos alzar nuestras manos al Sancta-Sanctorum de la eternidad*¹.

SERMÓN SEGUNDO

(predicado en la Catedral de Bogotá, Enero de 1885).

Jesucristo, fuente de vida sobrenatural en la Eucaristía.

Ego veni, ut vitam habeant, et abundantius habeant.

Yo he venido á darles sobreabundante vida.
Io. 10, 10.

1. Aunque la vida en el hombre sea cosa tan efímera y despreciable, que, al decir del santo y prudentísimo Patriarca de Idumea, no es más que una ráfaga de viento², y, según el Apóstol Santiago, un poco de vapor que inmediatamente se disipa³, y finalmente, como la pinta el Sabio, es la huella de una nube⁴ desbaratada en un abrir y cerrar de ojos por la menor oscilación del viento; no es, sin embargo, menospreciable

¹ In noctibus extollite manus vestras in Sancta (Ps. 133, 3).

² Iob 7, 7. ³ Iac. 4, 15. ⁴ Sap. 2, 3.

la vida en sí misma, antes nada hay tan admirable, místico y prodigioso como ese modo de ser que, cual puente infranqueable, separa los dos reinos orgánico é inorgánico, sin que todos los esfuerzos de la vana ciencia hayan podido destruirlo, ni las investigaciones de la verdadera hayan logrado explicarlo. Qué sea la vida, es el gran problema de la biología, de la filosofía y hasta de la teología en cierto modo, como que aquella cuestión extiende sus dominios hasta la región de lo sobrenatural. ¡Qué de veces no se nombra la vida en las sagradas páginas! ¿Á quién no se le aplica, empezando por Aquel que es su fuente¹, en quien no sólo está la vida sino que es la vida misma?² Y ¿qué no se dice de la vida, ya buena, ya mala, ora feliz, ora ruin y desgraciada? Háblase de la vida del cuerpo y de la del alma, de la temporal y la eterna³. En efecto, aunque una en sí, la vida es múltiple en sus géneros y en los accidentes de que está revestida. Y el hombre puede decirse que abraza todos aquéllos, y está expuesto á todos éstos. El hombre participa de la vida de todos los vivientes, ó, mejor dicho, posee en modo más excelente la vida de todos los que viven en inferior escala, al mismo tiempo que se acerca á los vivientes de escalas superiores; y, si no la tiene por naturaleza, emula noblemente la vida de los ángeles, y llega hasta participar de la vida de Dios. Porque, si el hombre comunica en cierto modo su vida propia á los seres inanimados haciéndolos vivir, animando, vivificando el mármol y el bronce, riendo con las flores y departiendo amigablemente con los animales, ¿por qué no podría también

¹ Ps. 35, 10.² Io. 1, 4 et I Io. 5, 20 etc.³ Io. passim.

y mucho más, Aquel que es vida por excelencia, comunicar la suya á la criatura racional?

2. De esta comunicación de la vida divina nos instruye claramente la Sagrada Escritura, y la fe cristiana nos enseña que Cristo, *Vida nuestra*¹, ha aparecido en la tierra para dar al hombre vida², que por cierto no ha de ser la vida que este ya posee por su naturaleza, sino otra divina, llena y superabundante, emanación de la misma de Cristo, que es *Camino, Verdad y Vida*³. Tal es la vida sobrenatural, de que Jesucristo es el principio y la fuente. Y añadido que lo es principalmente en la adorable Eucaristía. Tal es el sentido de mi texto, y tal la proposición de este discurso. Necesitamos ver en la primera parte qué es y en qué consiste la vida sobrenatural, para entender en la segunda cómo brota de la Eucaristía ese raudal de vida divina.

I.

3. ¡Qué majestuosa se nos aparece la vida cuando, para dar fuerza á sus asertos, la invocaban los profetas por estas palabras: *Vive el Señor, ó Vive el Señor en cuya presencia estoy*⁴! Pero ¡cuánto más alta idea nos da de ella la misma afirmación divina: *Vivo yo*⁵, ó *Vivo yo para siempre*⁶! Sin duda que la vida, la vida que emana de un principio interno y propio, la vida que no tiene límites en cuanto á la intensidad y en cuanto á la duración, no puede menos de ser un atributo gloriosísimo de la Divinidad. Sólo Dios puede afirmar,

¹ Et vita manifestata est... (I Io. 1, 2).² Ego veni ut vitam habeant... (Io. 10, 10).³ Io. 14, 6. ⁴ 3 Reg. 17, 1.⁵ Ez. 5, 11 (et saepe). ⁶ Deut. 32, 40.

con toda la profundidad que encierra esta palabra, que vive. Y Jesucristo, Dios verdadero aunque verdadero hombre, ha dicho también resueltamente: *Yo vivo*, añadiendo al dirigirse á los suyos: *También vosotros viviréis*¹. Sin duda en virtud de esta divina palabra pudo también decir de sí mismo el grande Apóstol de las gentes: *Vivo ya no yo, sino Cristo vive en mí*²: palabras, hermanos míos, de una sublimidad inimitable, expresión de la vida divina en el hombre.

4. De esas mismas palabras nos será fácil inferir las condiciones principales ó rasgos prominentes de la vida sobrenatural, á saber: su excelencia, su fecundidad, su origen y naturaleza divina, y el velo misterioso que la rodea. Para comprender la excelencia de esta vida superior, basta considerar que es la más alta y perfecta que puede vivir la criatura racional, siendo en lo intelectual la más elevada, y en lo moral la más perfecta. Dícese vida intelectual el ejercicio de la inteligencia, ordenado al conocimiento y adquisición de la verdad. Así vive el sabio, cuyo entendimiento, ocupado siempre en perseguir los caminos de la luz, se mueve con una actividad más ligera que la luz misma, recorre los espacios infinitos de las relaciones de los seres; y, sin consumirse ni gastarse, como el viviente orgánico, cada vez más rico y más potente desarrolla y perfecciona su ser. ¡Qué acción vital más hermosa que el conocimiento, no ya sensible y por el órgano de la vista, sino intelectual y sin órgano ninguno, por la fuerza sola del entendimiento! Conocer la verdad, ¿no es el vivir más excelente? Pues bien, amados oyentes, la vida divina en el hombre es la vida de la fe: *De la fe vive el justo*³;

¹ Io. 14, 19.² Gal. 2, 20.³ Gal. 3, 11.

y, como San Pablo decía: *Vivo en la fe del Hijo de Dios*¹. Y ¿qué es la ciencia natural comparada con la fe? ¿qué valen las sutiles y laboriosas especulaciones de aquélla al lado de las magníficas y sencillas revelaciones de ésta? Se ha fingido creer que la fe en la revelación mata y ahoga la actividad intelectual, semejante á la planta parásita que seca el árbol de cuya savia se apodera y al cual ahoga entre sus brazos. Nada de esto sucede, hermanos míos. La fe, muy lejos de sofocar la energía del entendimiento, la aviva y robustece y, lo que vale más aún, le presta pábulo riquísimo de sublimes verdades, poniendo á la vista objetos, como Dios y sus atributos, y el alma y sus destinos, en cuya contemplación y estudio bien puede apurar el hombre todo el caudal de su razón antes de agotar la materia. Díganlo los grandes teólogos del cristianismo, los más vastos y agudos ingenios que han figurado sobre la tierra: díganlo un Agustín, un Gregorio, un Tomás, un Bossuet.... Y todavía mejor que los sabios podrán explicar la alteza y excelencia de la vida intelectual los grandes contemplativos, los que, sin letras ni estudios académicos, han sido arrebatados, cual nuevos Elías, en el carro de fuego de la oración sobrenatural á regiones altísimas, adonde no le es dado remontarse al más sublime ingenio. Llega el alma, deificada por la acción del Espíritu Santo, no sólo á conocer cosas divinas, *arcana verba*, que dice el Apóstol², que no hay modo ni voces con que poder explicar, sino á conocerlas *por manera casi divina*, según afirma ingenuamente de sí mismo el gran doctor de la oración, San Ignacio de Loyola³, pareciéndole

¹ Gal. 11, 20.² 2 Cor. 12, 4.³ Modo quodam divino me cognoscere et intellegere.

aquella locución interior un concierto de música celestial.

5. Ahí tenéis, cristianos, por donde rastrear siquiera la excelencia de esa vida que comunica Dios al entendimiento, y es la más elevada en género de vida intelectual. Pues ¿qué será la vida característica del hombre, ser racional y perfectible, la vida que se llama moral? Vivir moralmente es moverse, progresar, perfeccionarse en la virtud, en el amor cada vez más ardiente, y en la práctica del bien. Porque, fuera de la virtud no hay vida humana que merezca este nombre, no hay sino la vida animal de los sentidos. Vivir como tantos desgraciados, en el seno de la corrupción, degradados por el vicio, no es vivir, hermanos míos, no es siquiera vegetar, es yacer en un horrible sepulcro, es disolverse en la putrefacción como el cadáver. Pero, ¿qué virtud ni qué cúmulo de virtudes puramente humanas, esto es, germinadas y desarrolladas en el terreno de la naturaleza racional, pueden igualar á la que es raíz y flor del árbol de vida sobrenatural, la caridad? Sin detenerme á contemplar la belleza de esta reina de todas las virtudes, sólo os diré que esta es la fuente de los más heroicos hechos, de las empresas más arduas y gloriosas y de los sacrificios más sublimes, ó lo que es lo mismo, es la fuente de poderosa y excelsa vitalidad moral en un orden mucho más elevado que el de la naturaleza. Tan alto es el precio de esta celestial virtud que, sin ella, decía el Apóstol¹, nada valen los dones más aventajados, hablar lenguas diversas, hasta la lengua de los ángeles, tener la fe que traslada por su base las montañas, distribuir para mantenimiento de

¹ 1 Cor. 13, 1. 2. 3.

pobres todos los tesoros del mundo, arder en una hoguera por la confesión de la verdad, poseer toda la ciencia divina y humana. Todo eso, sin la caridad, nada pesa en la balanza de Aquél cuyo juicio es la justa medida de las cosas. Pues bien, oyentes míos, la caridad, *vínculo de la perfección*¹, de tal modo es virtud nueva en el hombre, y superior á toda fuerza de la voluntad, que sólo de Dios emana directamente², lo mismo que la gracia, siendo el primero de los frutos del Espíritu Santo³; porque la *caridad*, dice San Juan, *procede de Dios*⁴, y *el que permanece en ella está en Dios, y Dios en él*⁵, porque el mismo *Dios es caridad*⁶. Poseer la caridad es vivir real y verdaderamente, y por eso el grande Apóstol, sintiéndose abrasado y lleno de ella, exclamaba: *Vivo ego*⁷. ¡Qué vida tan llena y tan gloriosa!

6. Por lo mismo es tan fecunda. La fecundidad es propia de la vida. Esta, como el bien, tiende á comunicarse, á dilatarse. Porque, si la fecundidad es atributo concedido á la vida animal y aun vegetal, ¿cómo ha de condenarse á una afrentosa esterilidad la vida superior, la vida del espíritu y, mucho menos, la vida divina?⁸ De ninguna suerte, hermanos míos, antes por el contrario no hay en el orden de los vivientes fecundidad más prodigiosa que la de esta vida sobrenatural, principio de operación maravilloso é inagotable. Ella hace revivir á tantos muertos, á quienes trasmite la vida por virtud de misterioso galvanismo. Á su voz se levantan los cadáveres, á su contacto se vigorizan los débiles, á su influjo se recobran los enfermos. Como la luz tiende

¹ Col. 3, 14.

² Charitas Dei diffusa est etc. (1 Cor. 8, 1).

³ Gal. 5, 22. ⁴ 1 Io. 4, 7. ⁵ 1 Io. 4, 16.

⁶ Ibid. ⁷ Ibid. ⁸ Is. 66, 9.

á llenar todo el espacio y desaloja con su presencia las tinieblas, así la vida sobrenatural, que es luz de fe y llama de caridad, se dilata por el mundo, colmando de bienes á todo el universo. ¡Bendito contagio de la luz y el bien!

7. Pero esta vida, depositada y desarrollada en el hombre, no pertenece á la naturaleza de éste, no radica, digamos así, en el fondo de su ser, como la inteligencia, el amor y la sensibilidad: es vida extraña en él, es impulso recibido de fuera; mas ¿de dónde si no del mismo Dios? Es, pues, digámoslo sin vacilar, vida de Dios en la inteligencia y en el corazón de su criatura. Harto claramente lo afirma el Doctor de las naciones: *Vivo, pero ya no soy yo el que vivo, sino Cristo vive en mí*¹. Por extraordinario é increíble que parezca, éste es el carácter propio de la vida sobrenatural: traer de Dios su origen, ser de naturaleza divina. Pruébanlo aquellas valientes locuciones del mismo Apóstol: *Por la gracia de Dios soy todo lo que soy*²; luego nada era por sí; *No yo, sino la gracia de Dios conmigo*³; *No porque sea yo capaz de pensar algo bueno de mí mismo, sino que toda esta capacidad me viene de Dios*⁴. Y todavía más expresivamente parece declararlo aquella doctrina del nacimiento divino, enseñada por el evangelista San Juan, y primero por el mismo Salvador á Nicodemo⁵: No puede entrarse en el reino de Dios si no es *renaciendo* del agua y del Espíritu Santo. *Habéis vuelto á nacer*, dice el apóstol San Pedro, *no de germen corruptible, sino incorruptible por la palabra de Dios*⁶. Porque á los que recibieron al Verbo, dióles poder de hacerse hijos de

¹ Ubi supra.² 1 Cor. 15, 10.³ Ibid.⁴ 2 Cor. 3, 5.⁵ Io. 3, 5.⁶ 1 Petr. 1, 23.

*Dios, á los que creen en su nombre, los cuales no de la sangre, ni por la voluntad de la carne ni del hombre, sino de Dios han nacido*¹. He ahí, pues, un nuevo nacimiento de Dios, un nuevo ser en el hombre, un principio nuevo de vida sobrenatural. La razón podría apoyar esta verdad, ya considerando el punto de partida de este nuevo ser, ya estudiando atentamente sus efectos. Por lo que hace á lo primero, no hay duda que la caridad se origina de la fe, como de la luz el calor, y la fe se deriva de la revelación, pues viene del oído prestado á la palabra de Dios². Ahora bien, es evidente que la revelación, siendo un hecho divino contingente y libre, aunque imperiosamente reclamado por las necesidades morales del hombre, está fuera del alcance de la naturaleza creada, es un efecto de la bondad de Dios que se digna descorrer, en beneficio de su criatura, una punta del velo que encubre los misterios de su ser incomprendible é inefable. Si, pues, la revelación es un hecho sobrenatural, ésto de consiguiente la fe, la caridad, la vida que resulta de estas virtudes divinas. Por otra parte, ¿cómo ver á Dios sin tener ojos de Dios? pues para aquella infinita claridad, los ojos del humano entendimiento son tinieblas, y *las tinieblas no lo comprendieron*³. ¿Cómo amar á Dios, como es en sí, sin tener el corazón divinizado? ¿Cómo unirse con Dios un ser infinitamente distante de Él, como el hombre? ¿*Qué es el hombre*, decía el Profeta, *para que te acuerdes de él ó para que le visites?*⁴ ¿*Quién soy yo*, exclamaba David, *para ser hijo del rey?*⁵ No será, pues, temeridad asegurar que es Dios mismo el que,

¹ Io. 1, 13.² Rom. 10, 17.³ Io. 1, 5.⁴ Ps. 8, 5.⁵ 1 Reg. 18, 18.